

15489
1872

EL MANUSCRITO

DE UNA

MADRE



R. 1872

POR DON
ENRIQUE PEREZ ESCRICH

L47
2217

JOSE ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.—MADRID.

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, y dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

Y GRABADAS POR LOS SRES. CAPUZ, MORACHO Y OTROS.

PROSPECTO.

EL argumento de la preciosa novela que tenemos el gusto de presentar al público, no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez mas el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza. Los que comprenden qué tesoro de tiernísimo cariño y de generosa abnegación se oculta en EL CORAZON DE UNA MADRE, reconocerán sin duda, que el asunto del presente libro ha ofrecido al autor de *El Cura de Aldea* un anchuroso campo para lucir sus dotes de eminente novelista; y en efecto, en ninguna de sus obras ha derramado con tanta profusión las galas de su ingenio, la sencillez de su estilo, la dulzura de sus pensamientos. Harto sabíamos que el presentar una edición como la que nos ocupa, nos habia de costar inmensos gastos; pero creyéndonos en cierto modo obligados á dar una prueba mas de gratitud á nuestros constantes y numerosos favorecedores, no hemos vacilado un instante en ofrecerles tan importante obra, seguros de que apreciarán nuestro celo en lo que vale.

417

Desviándonos en lo posible de esa monótona rutina con que se acostumbra á encomiar toda clase de publicaciones, no elogiaremos aquí el mérito de la nuestra con frases pomposas y retumbantes; el nombre solo del autor nos excusa de hacerlo; él nos parece suficiente garantía para el público.

Con el objeto de que la parte de ilustracion no desmerezca de la literaria, hemos confiado este trabajo al conocido artista D. Eusebio Planas, y la de grabados á los Sres. Capuz, y Moracho. En cuanto al papel, tipos y elegancia de la edicion, tambien creemos ocioso hacer elogios exagerados; por la primera entrega podrán formar idea, y ella les demostrará que tenemos en mucho cumplir fielmente cuanto ofrecemos en nuestros prospectos.

BASES DE LA PUBLICACION.

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE formará dos tomos y se publicará por entregas de ocho páginas, impresas con esmero en buen papel y empleando tipos enteramente nuevos.

Á pesar del lujo con que se presenta la obra, el precio de cada entrega es solo de

Un cuartillo de real en todo España.

Se repartirán sin interrupcion 8 entregas todas las semanas.

En cada dos repartos recibirán gratis los señores suscritores una lámina, representando las escenas principales de la obra, ejecutada con esmero por los mas aventajados artistas españoles.

Toda la obra costará sobre 50 reales próximamente.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—En nuestra casa editorial, calle de las Hileras, núm. 44, y en la librería de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol, núm. 6.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de nuestra casa, ó bien dirigiéndose á los editores, Sres. José Astort y C.", calle de las Hileras, núm. 44.

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS

FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO,

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

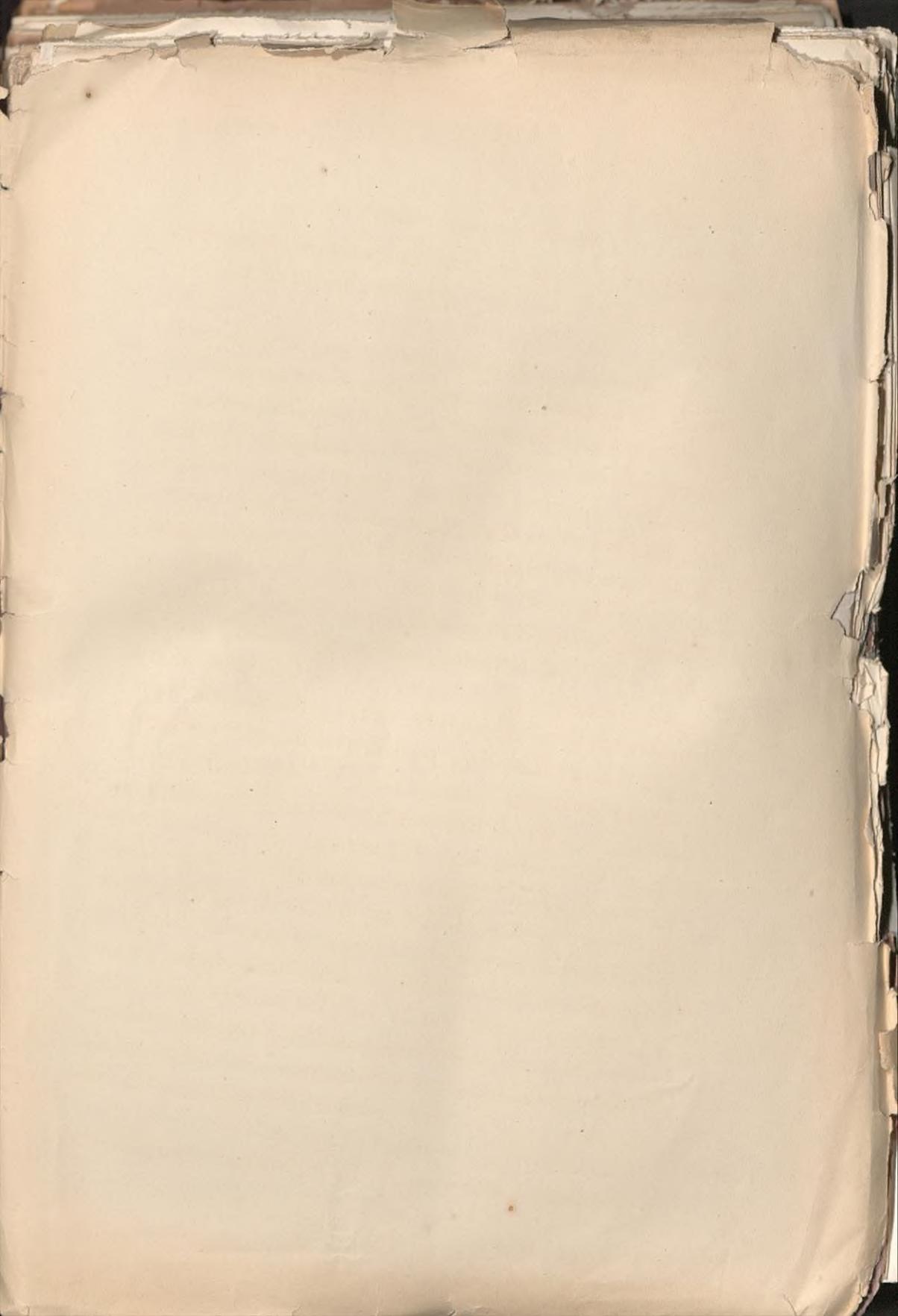
LAS FÁBULAS DE ESOPPO, que anunciamos en el presente prospecto, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en fólío, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicacion ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

Á fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en todo España.





Al encuadernar esta obra
pongase cuidado en el
siguiente número

24 y 25.

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA DE INTERIORES

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.

~~~~~

D. Eusebio Pardo

*Melchor*

MADRID

DE LAS ARTES Y OFICINAS DE ESTAMPACION

DE LA CALLE DE SAN JUAN, 14

1874

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.

*Manuscrito de una madre*

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA POR

D. Eusebio Planas.

---

TOMO I.

---

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES,

calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

EL MANUSCRITO

# UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

50 ATORES

FABRICIO PÉREZ ESCOBAR

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

---

IMPRESA EN

D. Eusebio Planas

---

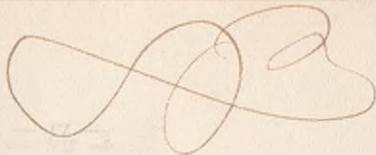
TOMO I.

---

MADEIRA

1888 ASHLEY Y COMPAGNIA, EDITORES

de las Ediciones de 1888



## POS PALABRAS.

---

Visitando hace algunos años el pequeño cementerio del pueblo de Horche, llamó vivamente mi atención un hermoso cedro de Odora que estendia sus verdes ramas en forma de brazos que bendicen, sobre una lápida negra de mármol de Bélgica.

Fijé los ojos en la lápida mortuoria, última palabra de un espíritu que abandona para siempre la tierra de los vivos, y leí esta sencilla y poética inscripcion

AQUÍ DESCANSAN LOS RESTOS DE UNA MÁRTIR;

SU ALMA ESTÁ EN EL CIELO.

Y mas abajo, en lo último de la piedra, escrito con una letra infinitamente pequeña, se hallaba este nombre:—*Daniel*.

¿Qué nombre habia llevado durante su vida la mujer cuyos restos descansaban debajo de aquella losa? ¿Quién era Daniel?

Aunque aquella página mortuoria promovió en mí una gran curiosidad, yo no pude contestarme á la pregunta que me hacia *in menti*.

Era indudable que aquella fosa encerraba un drama de familia, una historia del hogar doméstico, el poema ignorado de la vida de una mujer.

Salí de la mansion de los muertos verdaderamente preocupado. Un caballejo pobre de carnes, de miserable catadura y raido pelo, me esperaba en la puerta del cementerio. Me encaramé sobre el agudo lomo de aquella aleluya, poniendo en ridículo mi humanidad, y tomando un trote cochinerero reñido con el equilibrio del ginete, me dirigí al monte donde me esperaban mis amigos: se trataba de una expedicion de caza.

En los pueblos, por pequeños que sean, bien puede decirse sin temor de engañarse, que hay dos cazadores, el cura y el barbero, especie de hormiguitas que aprovechan todas las ocasiones para divertirse y comer bien sin gastar un cuarto.

Mis amigos me esperaban á la entrada del monte y no me estrañó en manera alguna ver entre ellos la enlutada y respetable humanidad de un cura con su alza-cuello, su escopeta al hombro, su morral á la espalda y su rostro respirando salud y alegría por todos sus poros.

El cura vestia de chaqueta, porque la sotana es un traje bastante incómodo para andar entre maleza. Enemigo del progreso, el buen padre de almas se

entretenia en deshacer un trozo de cuerda de esparto para los tacos. Cazador incansable y rutinario, no hubiera cambiado su escopeta de piston, larga como una espingarda rifeña, por un arma del sistema Lafocheaux construida por Preener, Wilson, Moore ó Lancaster, célebres fabricantes ingleses; bien es verdad que para el párroco que nos ocupa, estaban demás las armas de precision, el telégrafo eléctrico y la Constitucion democrática.

No comprendo á un hombre sin que tenga estas tres aficiones: la caza, el café y el tabaco, aunque no desconozco que si los conejos llevaran rewolver, no habria tantos cazadores; pero esto no es culpa de los que se dedican á matarlos: volvamos á nuestra historia.

Llegó la noche, y sentados en derredor de una abundante mesa, el cura con su buen apetito, nos hizo recordar los placeres de Lúculo.

Yo no habia olvidado la inscripcion de la lápida mortuoria, y aprovechando una ocasion, dirigí al señor cura algunas preguntas.

—¡Oh! sí, me contestó, en aquella sepultura descansan los restos de la pobre doña Ángela.

Y haciendo un espresivo y característico movimiento con los ojos, añadió:

—¡Pobre señora! fué una santa; pero el que podria contarle á usted toda la historia, si quisiera, es el Doctor...

Aquí pronunció el cura un nombre que no estoy autorizado para repetir en letras de imprenta.

Casualmente yo conocia á la persona que acababa de indicarme el párroco, y algun tiempo despues pude lograr que me refiriera la historia de la infortunada Ángela.

La presente novela se basa en los datos que me dió el Doctor; yo he desfigurado los nombres y algunos hechos, porque viven aun muchos personajes que tomaron parte en el drama de familia que voy á relatar, pero no te canses, lector querido, en formar deducciones, como Edgardo Póe, sobre mi nueva obra; yo solo soy el responsable de lo bueno y lo malo que en ella encuentres, y confío que su lectura no será del todo inútil, porque la narracion de esta historia es un reflejo de la vida real, empapado en el purísimo fuego de la virtud, la resignacion, la fé y la esperanza.

Despues de lo dicho, confiando en tu indulgencia, comienza á leer las páginas de «*El Manuscrito de una madre.*»

## LIBRO PRIMERO.

### El último beso.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### La noche.

El mes de Octubre tocaba á su fin.  
Los árboles comenzaban á sacudir las amarillentas hojas, víctimas de los primeros vientos otoñales.  
El invierno, ese cruel y temible enemigo de las organizaciones débiles y de las familias pobres, avanzaba á paso de gigante desde el Norte, envuelto en su sudario de nieve, imagen de la muerte.  
Sin embargo, aun se respiraban los últimos perfumes del verano, y los campos, engalanados con los restos de su lozana vegetación, parecían dar un adios á la juventud vivificadora del estío.  
La luna, clara y hermosa, brillaba en el cielo poetizando las sombras de la noche.  
Los vecinos del pueblo de Horche dormían tranquilamente descansando de las rudas fatigas y esperando en brazos de esa pequeña muerte de la vida que se llama *el*

sueño, el nuevo sol que al asomar en el horizonte les debía decir: «Despertad, ha sonado la hora del trabajo.»

El reloj de la torre acababa de dar once campanadas. El silencio era sepulcral; tenía algo de la soledad de un alma triste y de la imponente quietud del desierto; solo de vez en cuando le interrumpía el ladrido del desvelado perro y el ardiente canto del madrugador gallo.

De pronto se oyeron las fuertes pisadas de un caballo hácia el camino que conduce á Guadalajara.

Un inteligente hubiera advertido al instante por el sonoro eco que producía el choque de las herraduras sobre las piedras de la empinada calle, que el caballo tenía un magnífico paso castellano.

Pocos momentos despues, un ginete completamente cubierto con un ancho capote de monte y oculta la faz bajo las anchas alas de un sombrero de fieltro, apareció en la embocadura de una de las calles que dan á la plaza del pueblo que nos ocupa.

Si la curiosidad, ese vicio humano del que participan muchas veces los animales, se hubiera asomado á una ventana en forma de prójimo, al ver pasar por la calle al ginete que nos ocupa, indudablemente se hubiera dicho:—Es un cazador que se dirige al monte.

Pero el nocturno caminante, si bien se encontraba en un pueblo en cuyas cercanías abunda la caza, estaba bien lejos de ocuparse de ella. La idea de un crimen se agitaba en su mente, y cuando el hombre se halla bajo la presión de un pensamiento de sangre, no le queda tiempo para ocuparse de otra cosa.

Pero no adelantemos los acontecimientos de la presente historia; el jinete cruzó el pueblo en toda su longitud y fué á detenerse delante de una casa de modesta apariencia.

Echó pié á tierra y llamó.

Indudablemente le estaban esperando, pues una voz bronca y varonil preguntó desde adentro:

—¿Quién llama á estas horas?

—Un caminante que necesita hospitalidad; abre sin recelo; *vengo porque vengo*.

Estas palabras debian ser el santo y seña, porque instantáneamente se abrió la puerta, y el hombre del capote y el caballo entraron en la casa.

El portal estaba oscuro, solo alumbrado por un rayo de la luna.

—Conduce el caballo á la cuadra y échale un pienso sin quitarle la silla, porque quién sabe si tendré que salir de este pueblo á mata caballo,—dijo el hombre del capote.

Y como si fuera conocedor de la casa, empujó una puerta y entró en una sala alumbrada por uno de esos quinqués de bronce de cuatro mecheros con pantalla verde.

El mueblaje de aquella habitacion se reducía á una mala cómoda, una mesa de pino y media docena de sillas de paja.

El forastero se quitó el capote, lo tiró sobre una silla y se puso á dar paseos á lo largo de la habitacion.

El hombre que nos ocupa vestia uno de esos trajes de

pana inglesa de un color ceniciento, botas de campo que le llegaban hasta la mitad del muslo, y ceñida á la cintura, una correa de charol, de la que pendia un revolver.

En cuanto á su rostro, debemos decir que era bastante vulgar; ojos pequeños, pardos y apagados, frente deprimida y sienes aplastadas, espesas cejas extremadamente arqueadas, boca grande y la nariz un tanto levantada y gruesa. Llevaba toda la barba, que era de un color castaño sucio, y debería tener unos cuarenta años de edad.

Nuestro hombre sacó una petaca de cuero y de ella un cigarro de papel, que encendió á la luz del quinqué. Como si el ancho sombrero de fieltro le molestara, le arrojó sobre la cómoda, dejando ver su cabeza cubierta de canas y poco cuidada.

El desconocido parecia bastante preocupado. De vez en cuando suspendia sus paseos para dirigir hácia la puerta una mirada impaciente y recelosa.

Así trascurrieron algunos minutos, mas por fin, un hombre, que era el mismo que se habia encargado del caballo, se presentó en la habitacion.

El recién venido vestia uno de esos trajes de paño de Santa María de Nieva, compuesto de chaqueton, chaleco y pantalón, llevando además una faja de lana negra, arrollada á la cintura.

Bastaba verle el rostro para adivinar que era uno de esos braceros de pueblo que pasan la vida ocupados en las faenas del campo. Iba completamente afeitado y su

semblante respiraba malicia y sagacidad: debía tener unos treinta y cuatro años de edad.

—Buenas noches, señor Santiago,—dijo entrando.

—Buenas las tengas, Bonifacio,—le contestó.

—Supongo que el general habrá recibido mi carta.

—Sí, ya lo ves, cuando me encuentro en este pueblo...

—Pero es el caso, señor Santiago—añadió Bonifacio rascándose el cogote y haciendo un gesto característico—que me parece ha llegado usted un poco demasiado tarde.

—¡Pues qué, doña Ángela!...

—La pobre señora ha dejado de existir esta noche á las nueve.

—¿Pero tú habrás cumplido con tu deber?

—No siempre se hace lo que uno desea.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó con acento imperativo Santiago.

—Quiero decir que el médico D. Samuel Fuentes, que es, como usted no ignora, el hombre de confianza de la casa, no se separó ni un solo momento de la pobre doña Ángela y...

—Acaba pronto; ¿tienes ó no tienes en tu poder lo que el general desea?

—Desgraciadamente, el cofrecillo no ha caído en mis manos.

—¿De manera,—añadió Santiago, apretando los puños de rabia,—que todos los ofrecimientos han sido palabras vanas?

—Señor Santiago, sabido es que en este mundo, el hombre propone y Dios dispone; yo le debo al señor ge-

neral la vida; ha sido y es mi protector, y creo que no debe tener duda alguna de que me intereso mucho en servirle bien, pero ese maldito médico ha echado por tierra todos mis planes. ¿Quién hubiera podido creer que la señora había de nombrarle depositario del codiciado cofrecito? Yo me había dicho: en cuanto el ama cierre los ojos, me apodero de él y corro inmediatamente á entregárselo al general, y de ese modo verá que deseo pagarle algo de lo mucho que le debo.

—Pero nada de eso se ha realizado, y ya puedes comprender que yo no he venido á Horche para regresar á Madrid con las manos vacías.

—Sí, sí, ya lo supongo, pero también creo que no se ha perdido todo.

Y Bonifacio se sonrió de un modo malicioso.

—Esa sonrisa me indica que piensas algo no muy santo; explícate con claridad.

—No deseo otra cosa; lo importante aquí, señor Santiago, se reduce á remediar el daño, es decir, á apoderarnos del cofrecillo con todos los papeles que contiene; ¿no es eso?

—Precisamente,—contestó Santiago,—á quien las palabras de su interlocutor comenzaban á inspirar alguna confianza.

—Pues entonces soy de parecer que echemos un buen trago de aguardiente, nos fumemos un cigarro y hablemos del asunto con la calma que requieren las circunstancias; el humo del tabaco dá siempre buenas ideas á los hombres.

Y Bonifacio, riéndose con una naturalidad verdaderamente campesina, se dirigió á un pequeño armario que habia sobre la cómoda, sacó de él una botella y dos vasos y colocándolo todo sobre la mesa, dijo:

—Sentémonos y bebamos; usted como yo, señor Santiago, ha servido al rey, y no ignora que el aguardiente alegra el corazón del soldado en los momentos de peligro.

Y cambiando de entonación, después de colocar dos sillas junto á la mesa, medió los vasos de aguardiente y añadió:

—Supongo que traerá usted de Madrid buenos cigarros, porque en el estanco de este pueblo se vende el peor tabaco de España.

Santiago, cuyo semblante sombrío y preocupado no se reanimaba á pesar de la franca conversacion de Bonifacio, sentándose en una silla dejó la petaca sobre la mesa, y después de saborear un sorbo de aguardiente, repuso de este modo:

—Si regreso á Madrid sin el cofrecillo, ya comprenderás, amigo Bonifacio, que no ha de hacerme muy buen recibimiento el general; para ganar tiempo he venido por el atajo, espuesto á romperme el alma, y ahora me encuentro con que todo se ha perdido.

—Todo no, señor Santiago, yo no pierdo la esperanza de que esos papeles que tanto interesan al general caigan en nuestro poder.

—¿Cómo es posible eso, si los tiene el médico?

—¡Toma! añadió Bonifacio, encendiendo con calma un

cigarro puro,—si los tiene el médico, se le quitan y en paz.

—¡Ah! espícame eso,—repuso Santiago con marcado interés.

—Yo no creía que la pobre doña Ángela se muriera tan pronto; la veía escribir en un cuaderno muchas horas durante la noche, y siguiendo las órdenes del general, estaba siempre en acecho, esperando el momento oportuno para lanzarme sobre mi presa, cuando hoy á la caída de la tarde, la señora se puso tan sumamente mala, que el médico nos participó la fatal nueva de que le quedaban muy pocos momentos de vida.

Bonifacio chupó su cigarro, despidió una bocanada de humo, bebió un sorbo de aguardiente y volvió á decir:

—La noticia produjo, como era consiguiente, alguna alarma y algun desórden; el señorito Daniel no quería separarse del lado de su madre; arrodillado á sus piés y cogidas las manos de aquella que le habia dado el sér, le pedia á Dios que le concediera la vida de su madre, pero cuando allá arriba se ha firmado una sentencia de muerte, tienen poco valimiento las recomendaciones de la tierra. Doña Ángela suplicó á su hijo que la dejara sola algunos momentos con el médico y así sucedió. Entonces concebí la sospecha de que la señora iba á confiarle alguna cosa importante, y á favor de las sombras de la noche pude ocultarme en la alcoba sin ser visto, y efectivamente, en cuanto D. Samuel y doña Ángela se quedaron solos, estas palabras salieron de los débiles labios de la moribunda:

—Doctor, usted es la última esperanza de mi hijo; en